

Sedij Mariana Guerrero

Entrevistadora: Daniela Rodríguez

Por los Servicios Sociales de Luteranos Llegaste a Jacksonville, ¿cuál fue tu primera impresión de esta ciudad?

Bueno, mi primera impresión de Jacksonville, como de este país, fue un rechazo total porque tuve seis meses donde no quería nada, nada me ilusionaba, nada me llamaba la atención. Estuve seis meses llorando porque quería virar para atrás, para mi país. Estuve seis meses llamando a Washington para que me deportaran para Cuba de nuevo porque no quería estar en este país. Primero, el idioma me chocó mucho porque cuando llegué a Jacksonville nadie hablaba español, sólo tenía que adivinar todo con papeles. Después de seis meses, cuando vi a mi esposo llorando, me dije, “¡Tengo que ayudarlo ya!” Una vez que estuve aquí, que el gobierno cubano no me quería de regreso, tuve que echar para adelante porque tenía una niña. Eso fue cuando le dije a mi esposo: “No llores más, que yo te voy a apoyar, yo te voy a ayudar”, y fue cuando empezamos a salir adelante.

¿Tú hiciste cualquier cosa para regresar?

Yo hice todo lo posible para regresar a mi país. Todo lo posible porque qué pasa, que en 30 años que vivía en Cuba bajo el mandato de Fidel Castro, no pasé el trabajo que pasé en una semana en Miami. Donde me vi viviendo en la calle con una niña de cuatro años, donde estuve una semana que no me bañaba y no comía. Yo llegué a este país pesando 115 libras y en una semana me puse en menos de 80 libras. No sabía si entregar a mi hija, porque la niña mía estaba con asma, hacía mucho frío y nos tapábamos con periódico. No teníamos comida, estábamos viviendo en una parada de guagua. Lo único que me faltó fue decirle a mi esposo el sexto día que, “si no encontramos a una persona que nos ayude, me va a tocar entregar la niña a cualquier casa que toque porque antes que se nos muera la niña que la críe otra persona”. Eso fue una de las cosas que me hizo querer regresar para Cuba, el trabajo que pasé en una semana aquí.

Interviewer: Daniela Rodríguez

You came to Jacksonville with the aid of the Lutheran Social Services, what was your first impression?

Well, my first impression of Jacksonville, like this country, was of total rejection. I spent six months when I didn't want to do anything, when nothing excited me, when nothing caught my attention. I cried for six months because I wanted to go back to my country. I spent six months calling Washington to be deported to Cuba again because I didn't want to be in this country. First, the language shocked me a lot because when I arrived in Jacksonville nobody spoke Spanish, I had to communicate by writing everything on paper. After six months, when I saw my husband crying, I said to myself, “I have to help him now!” Once I arrived here, the Cuban government didn't want me back, I had to move forward because I had a little girl. That's when I told my husband, “Don't cry anymore, I'm going to support you, I'm going to help you,” and that's when we started to move forward.

What did you do to try to return to Cuba?

I did everything possible to return to my country because in the 30 years that I lived in Cuba under Fidel Castro, I did not struggle as much as I suffered in a week in Miami. Where I saw myself living on the street with a four-year-old girl, where I spent a week unable to bathe and not eating. I came to this country weighing 115 pounds and within a week I weighed less than 80 pounds. I didn't know whether to give up my daughter for adoption, because my little girl had asthma, it was very cold and we covered ourselves with newspapers. We had no food and we were living at a bus stop. On the sixth day, I felt that the only thing left was to tell my husband, “If we do not find anyone to help us, I will have to give up our daughter for adoption because I would rather have her raised by someone else than to see her die.” That was one of the things that made me want to go back to Cuba, the struggle I suffered in a week here.

